

Variedades discursivas en la novelística de Miguel Delibes (1920-2010). Un análisis de *El disputado voto del señor Cayo* (1978)

Discursive Varieties in the Novels of Miguel Delibes (1920-2010). An analysis of *El disputado voto del señor Cayo* (1978)

IBOU SEYE

Universidad Cheikh Anta Diop

seyebou58@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6507-8851>

Recibido/Received: 07.10.2023. Aceptado/Accepted: 26.10.2023.

Cómo citar/How to cite: Seye, Ibou (2023). “Variedades discursivas en la novelística de Miguel Delibes (1920-2010). Un análisis de *El disputado voto del señor Cayo* (1978)”, *TRIM*, 24-25: 103-113. DOI: <https://doi.org/10.24197/trim.24-25.103-113>

Artículo de acceso abierto distribuido bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access article under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Resumen: El presente artículo pretende analizar las variedades discursivas en la narrativa de Miguel Delibes, haciendo esencial hincapié en su novela *El disputado voto del señor Cayo* publicada en pleno periodo de propaganda electoral. Estas variedades se explican por la influencia del espacio sobre el comportamiento lingüístico de los personajes. Si, en el pueblo, el lenguaje es la expresión de la sabiduría y el pragmatismo; en la ciudad, permite dejar al desnudo el carácter violento y vacuo de los urbanitas, sobre todo los jóvenes. Se trata también de descifrar el discurso político que, más allá de seducir al electorado, resulta ser un perfecto medio para denigrar al adversario.

Palabras clave: ciudad; comunicación; lenguaje; pueblo; retórica; Miguel Delibes; El disputado voto del Señor Cayo.

Abstract: This article seeks to analyze discursive varieties in novels by Miguel Delibes, insisting in *El disputado voto del señor Cayo* written in a context of electoral campaign. These varieties are explained by the influence of space on the linguistic behaviour of the characters. If, in the countryside, language is the expression of wisdom and pragmatism; in the city, it makes it possible to expose the violent and hollow attitude of the urban dwellers, especially young people. It is also a question of deciphering the political discourse, which, in addition to seducing the voters, is a perfect means of denigrating the opponent.

Keywords: city; communication; countryside; language; rhetoric; Miguel Delibes; El disputado voto del señor Cayo

INTRODUCCIÓN

Punto de apoyo del personaje, el espacio novelesco es un elemento determinante en la construcción de la intriga. Además de acoger a los personajes y los eventos, el espacio tiene otra utilidad o función. En efecto, aunque el hombre lo modifica sin cesar, el espacio se niega a limitarse a un mero entorno inerte e inactivo. Al contrario, se transforma en un sujeto potente y actor imponente del que dependen los demás elementos de la novela: personajes, acción y trama (Bourneuf, 1970). Cabe añadir que, para conocer al individuo, es de vital importancia relacionarlo con su espacio de origen. Que sea la ciudad, el campo o un simple universo reducido como la familia, el espacio participa, hasta cierto punto, en la construcción de la identidad de sus habitantes. Dicho de otro modo, «El espacio refleja, aclara o justifica el estado anímico del personaje» (Garrido Domínguez, 1996: 211). Existen varios procedimientos posibles para ver cómo los personajes siguen siendo influidos por su entorno. Miguel Delibes (Valladolid, 1920-2010) opta por el viaje que posibilita el descubrimiento de otros entornos geográficos, el encuentro con otros individuos y otras realidades históricas o actuales. De estas realidades que hacen y fomentan la identidad de los personajes forma parte el lenguaje.

Creado a partir de una lengua dada, el lenguaje representa la manera como los grupos sociales expresan sus deseos, opiniones, decepciones, etc. De hecho, es la forma en que la lengua es utilizada, el modo en que las palabras son empleadas y movilizadas en una situación de diálogo, de discurso escrito u oral, total, en cualquier interacción. El lenguaje, además de su función primera que consiste en comunicar, se beneficia en la sociedad de otra dimensión, menos conocida y poco explotada: la de definir y caracterizar a la persona que habla, como lo subraya Patrick Charaudeau,

Si on retient que parler, c'est participer à une mise en scène du langage ouverte, jamais totalement close, jamais terminée; que parler est une lutte permanente pour conquérir le droit à sa propre existence; que parler, c'est, qu'on le veuille ou non, vouloir influencer l'autre, alors, on comprend que parler soit à la fois témoigner de son identité et construire l'identité de

l'autre, de même qu'écouter l'autre, c'est tenter de découvrir derrière son discours le paysage de sa culture¹ (2001: 348).

Entonces, comprendemos fácilmente que dos individuos, unidos por una lengua, el español por ejemplo, pueden adoptar comportamientos lingüísticos diferentes que, en ciertos casos, dificultan la comunicación y la comprensión. En el presente caso, hemos decidido analizar el choque discursivo desde un ángulo muy particular. En la novela objeto de nuestro estudio, los personajes afirman su identidad al dirigirse a un interlocutor de origen diferente. El comportamiento lingüístico de los personajes queda fuertemente influido por el espacio o el universo geográfico. Así, en cuanto uno toma la palabra, se define y revela su procedencia, por no decir su origen. ¡Inconscientemente, podemos decir! Para exhibir con soltura estos contrastes discursivos, Delibes se vale de un minucioso pretexto: aprovechar la propaganda electoral y organizar el viaje, posibilitando, a tal efecto, el encuentro e intercambio entre personajes de horizontes diversos, ya que, como lo estipula Purificación Alcalá Arévalo: «El lenguaje se manifiesta como el mejor medio del que dispone el autor para caracterizar a sus personajes, para presentar mediante él sus mundos respectivos: la ciudad y el campo» (1991: 256).

1. EL DISCURSO LACÓNICO: EXPRESIÓN DE LA SABIDURÍA RURAL

El lenguaje en el mundo rural, salvo algunas excepciones, es esencialmente oral. Recordemos al señor Cayo: a pesar de toda la sabiduría de que hace muestra, él no sabe leer ni escribir. Esta forma de lenguaje participa en el refuerzo de las relaciones humanas, permitiendo prevenir los conflictos. El diálogo y la concertación permanecen los medios más eficientes de que disponen los campesinos para prevenir los conflictos, resolverlos para la salvaguardia de la paz. El campesino tiene siempre un discurso que pronunciar para salir de las dificultades, cualquiera que sea su intensidad. Dicho de otra manera, el lenguaje, en los momentos difíciles, desempeña el papel conciliador y unificador. Además, los

¹ «Si tomamos en consideración que hablar, es participar en la escenografía abierta del lenguaje, nunca cerrada totalmente, nunca acabada; que hablar es una lucha permanente para conquistar el derecho a su propia existencia; que hablar, queramos o no, es querer influir al otro, entonces, comprendemos que hablar sea a la vez demostrar su identidad y construir la del otro, así como escuchar al otro, es intentar descubrir, detrás de su discurso, el paisaje de su cultura».

personajes campesinos tienen formas específicas de hablar: utilizan palabras concretas; su lenguaje es práctico, tranquilo y conciso. Total, «Hablan a media voz y con pocas palabras, pero las justas» (Medina-Bocos, 1989: 93). Un ejemplo perfecto de la economía de la palabra en el mundo rural es el señor Cayo. Más allá de su actividad campestre, este lugareño, parco en palabras, es conocido por su discurso lacónico. Este hombre de acción no sufre de limitación verbal: ni es mudo, tampoco tartamudea. Es tan preocupado por su actividad diaria, por su supervivencia, que los largos discursos le fatigan y le enfadan.

El laconismo verbal en el pueblo traduce el carácter sagrado que los campesinos otorgan al lenguaje. Es la razón por la cual, más que una mera producción sonora, el discurso tiene que ser productivo, y no estéril; su contenido debe ser fundamentado, y no vacío. De ahí, la pertinencia de la observación de Agnes Gullón: «En la casa, como en la pesca y la vida rural en general, la palabra tiene que servir algo concreto antes de ser puesta en marcha. La abundancia o la facilidad verbal –la palabrería– no se cotiza, ni se considera prueba de inteligencia» (1981: 18). Es también de notar que, en la sociedad rural y tradicional, la palabra es una muestra de respeto al prójimo, sobre todo al huésped. Teniendo en cuenta esta consideración, en *El disputado voto del señor Cayo*, este, al dirigirse a los jóvenes visitantes, les trata de usted, empleando siempre expresiones tales como ‘usted(es)’, ‘señor(es)’, etc. Se exige también saludar al interlocutor, antes de iniciar cualquier situación de comunicación.

2. EL VULGARISMO: PRUEBA DE AGRESIVIDAD Y VACUIDAD INTELECTUAL

En la ciudad, el lenguaje alcanza nuevas dimensiones. En efecto, el lenguaje moderado y el eufemismo, tan frecuentes en el mundo rural, vienen sustituidos por un discurso directo y a menudo inconveniente. El análisis del discurso del joven protagonista Rafa permite notar que la palabra es una espada para ofender y herir al interlocutor. El discurso vulgar, una realidad no desdeñable en la ciudad, imposibilita la comunicación con cierta categoría social: los conservadores del mundo rural, por ejemplo. Es exactamente este escenario que se produce entre el señor Cayo y Rafa que se ilustra por sus palabrotas y otros discursos inconvenientes. Ignorando que, en el mundo rural, no son todos los gatos que se llaman por su nombre, Rafa hace una tontería en Cureña, pueblo del

señor Cayo. Así, queriendo advertir al viejo Cayo de la presencia de ciertas abejas sobre su vestido, Rafa, procedente de la ciudad, profiere:

–¡Tiene usted más de una docena posadas en el culo, señor Cayo!
 El señor Cayo, arqueado sobre el trapo, le miró de soslayo:
 –Y ¿qué mal hacen ahí? –preguntó–. (Delibes, 1990: 94)

La manera como el señor Cayo mira a Rafa, de soslayo, y su respuesta negándose a repetir la palabra ‘culo’ y sustituyéndola por ‘ahí’, ilustran su decepción y sorpresa ante tal discurso inconveniente e inhabitual.

Como lo notamos, las variedades discursivas son más perceptibles cuando personajes ciudadanos entran en comunicación con los lugareños. A partir de la fase inicial del diálogo, el lector nota que los saludos, etapa que los campesinos consideran imprescindible en cualquier situación de comunicación, son, desde el punto de vista de los jóvenes, un simple protocolo preliminar, una convención arcaica a la que no se ven obligados a plegarse. En efecto, por tener mucha prisa, por tener una agenda tan apretada, consideran los saludos como una pérdida de tiempo. Lo que cuenta, en realidad, es expresar sus sentimientos, vehicular el mensaje principal, total, ir a lo esencial. Es exactamente el comportamiento adoptado por Mauricio, miembro del segundo grupo de jóvenes que vienen a Cureña para hacer propaganda:

El primero en apearse, el conductor, apenas un muchacho, vestía un niqui verde y unos pantalones vaqueros. Se dirigió al señor Cayo, sin saludar:
 –¿El alcalde? –preguntó. Dígame. ¿Dónde podríamos reunir a los vecinos?
 Es cosa de un momento (Delibes, 1990: 151-152).

Adoptar tal actitud lingüística, en ciertas zonas conservadoras, puede tener ciertos riesgos. En efecto, el individuo puede tropezar con un interlocutor que no vacila en ignorarle, incluso despedirle, ya que tal comportamiento, arrogante, simboliza la falta de respeto para con el prójimo. Apenas el bloqueo levantado, como es el caso en *El disputado voto del señor Cayo*, los protagonistas chocan con un nuevo obstáculo: el de la comprensión. Nadie ignora que, para que haya comunicación, hace falta que los protagonistas tengan el mismo entendimiento. Ahora bien, nuestros personajes no utilizan las mismas palabras en los mismos contextos, ya que dos palabras, aunque se escriban y se pronuncien de la misma manera, pueden tener sentidos diferentes. De ahí, esta confusión,

este choque engendrado por el encuentro de dos lenguajes distintos e incomprensibles:

Víctor deletreaba con dificultad:

–JESÚS-MARÍA, ESTA ES CASA DE PLACER I LA GENTE DE ALEGRÍA, ABE MARÍA AÑO 1962.

Rafa se escandalizó:

–¡No jodas! –dijo–, ¿es posible que haya habido aquí alguna vez una casa de putas?

–Tampoco es eso, [...]. Una casa de placer en el campo [...] era una casa de reposo. La urbanización de la época para que lo entiendas (Delibes, 1990: 119-120).

Es preciso subrayar que nuestros protagonistas, jóvenes procedentes de la ciudad, quedan propensos a modismos y otras frases hechas, un conjunto de locuciones o expresiones lingüísticas que salen de los buenos modales: «Joder, era demasié, ¿no?», «Joder, cuidado», «Tampoco es eso, coño», «¡Coño, el Diputado!», «Sí, joder», «Cojonudo», «Coño, qué cargantes son estos tíos», «No te enrolles, cacho puto», «Manda cojones» «Huy la leche», «Es un quedón, el tío» (Delibes, 1990: 13, 15, 17, 20, 35, 42, 44, 68, 69, 75, 153 respectivamente). Sin embargo, el análisis del valor del lenguaje en la ciudad, más allá de su carácter violento y vulgar, deja aparecer otra función: en realidad queda el medio más eficiente de que disponen los actores políticos para alcanzar sus metas.

3. EL DISCURSO POLÍTICO: ARMA DE DESTRUCCIÓN Y CONSTRUCCIÓN

Siendo la ciudad un mundo político y politizado, el lenguaje se transforma en un arma necesaria y eficiente para triunfar. Más arriba, hemos subrayado que el lenguaje es un factor de refuerzo de los lazos sociales en el mundo rural. Pero, en el entorno político-urbano de *El disputado voto del señor Cayo*, el verbo es un medio de persuasión para alcanzar una meta precisa, ganar la confianza del electorado. La retórica, o el arte de hablar bien, se vuelve indispensable en el espacio político, ya que hay que convencer. Convencer por las palabras y no por los actos. Dicho de otra manera, hay que comprometerse a hacer algo, hacer promesas rimbombantes, como confiesa Rafa: «A estos paletos con decirles que les va a subir las pensiones y doblarles el precio del trigo, te

los metes en el bolsillo» (Delibes, 1990: 55). Mauricio añade más adelante: «Le han trabajado a fondo, le han lavado el cerebro» (Delibes, 1990: 155).

Queda claro que Rafa y sus camaradas de partido no tienen la ambición de cumplir con sus compromisos, de concretizar las hermosas promesas. Casi nunca dicen cómo piensan realizar sus proyectos una vez electos. Dicho de otro modo, el programa electoral, improvisado por el camino, no viene acompañado de proyecto de viabilidad; la duración de ejecución tampoco es determinada. En realidad, el político, digamos el politiquero, finge conocer perfectamente las condiciones de vida del pueblo bajo y tener la clave de la solución. Al elector, bajo el hechizo del elocuente locutor, le cuesta a menudo discernir lo explícito y lo implícito, la promesa y la verdadera intención del emisor. Mediante este discurso engañoso, al politicucho le sale bien la jugada: seducir y acceder al poder, funciones primeras del lenguaje en el medio político como apunta Jean Louis Dessales: «Le langage est un jeu, dont l'enjeu est d'entrer, de se maintenir et d'obtenir un rang au sein de différents réseaux»² (2010: 333).

El conjunto de los medios verbales movilizados para acceder al poder y conservarlo conduce, desgraciadamente, a la desacralización del valor lingüístico. Además, el lenguaje no se reduce a una herramienta de seducción para ganar la simpatía del interlocutor o sumarlo a su causa. En ciertos medios, sobre todo en el espacio político, transformado en arena, el lenguaje es un arma eficiente y temible contra el adversario. En *El disputado voto del señor Cayo*, publicado en plena campaña electoral, las promesas son precedidas de una propaganda de denigración del adversario. En lugar de un debate socioeconómico productivo, se intenta debilitar al contrario, perjudicarlo, hasta eliminarlo, si es posible. Hay que echar el descrédito sobre él, desacreditarlo delante del electorado, manchar su imagen ante la opinión pública. Esta estrategia propagandista queda bien percibida a través de la intervención de Mauricio quien, por turnos, se dirige al señor Cayo y al candidato Víctor, su adversario.

–No se fie de éstos. (...) Confié en nosotros. Arreglaremos esto.

–(...)

–Pero para conseguir el voto del viejo debes decirle toda la verdad. O sea, que al día siguiente de ganar las elecciones le prendéis fuego a la iglesia del pueblo y le pegaréis cuatro tiros junto a la tapia del cementerio. Eso es lo primero que debes decirle al viejo (Delibes, 1990: 153-154)

² «El lenguaje es un juego, cuyo desafío es entrar, mantenerse y obtener un rango en el seno de diferentes redes».

Su intención queda clara. Detrás de estas acusaciones cuya veracidad resulta dudosa, se oculta una verdadera voluntad de sembrar la duda en el espíritu del señor Cayo, muy apegado a su tierra y su religión. La tierra y la religión forman parte de la identidad de los campesinos, cualquier intento de despojarles de estos tesoros puede chocar con una ardua resistencia. Entonces, para tener su simpatía, lo primero que el político debe hacer es valorar sus creencias, no sin prometer hacer algunas mejoras. Gloria Sendín, en *Mi idolatrado hijo Sisí*, otra novela de Miguel Delibes, no pierde de vista esta realidad. A bordo de un Opel 4 cilindros, que su marido pone a su disposición, recorre los pueblos para hacer propaganda de su formación política, CEDA³. Su programa se articula en torno a cinco ejes principales, con la religión como telón de fondo. He aquí un fragmento de su discurso pronunciado delante de las mujeres de un pueblo: «¿Puede aspirarse a algo más grande que a tener Dios, Patria, familia, orden y trabajo? Esto es lo que os ofrece la CEDA. Esto y la redención de los campesinos y una cristiana hermandad entre todos los hombres» (Delibes, 2002: 241).

En *El disputado voto del señor Cayo*, la batalla de opinión se transforma en una dualidad dialéctica. Así, asistimos a una empresa de destrucción del adversario y de construcción o reconstrucción de su propia imagen. Dicha batalla llega hasta los carteles. Esta forma de comunicación, que el senador Arturo califica de «Propaganda a lo Kennedy» (Delibes, 1990: 10), es casi una revolución en la estrategia de seducción de los políticos, como lo apunta Postmann: «Hoy día los partidos políticos no matan o abusan, físicamente, a la gente sino que entran en una batalla lingüística y filosófica en que cada facción trata de convencer, bombardeando a la población con folletos y su retórica política, de su punto de vista» (2004: 229-230).

La atmosfera electoral es la oportunidad perfecta para mostrar que la palabra y la escritura están en estrecha relación con el nivel intelectual del emisor. Mediante los carteles fijados a lo largo de la ciudad, los propagandistas se ilustran por su incultura lingüística, su nulidad intelectual y, sobre todo, su carácter violento. En este entorno, la ética y la moral vienen sustituidas por la hipocresía y la demagogia, en una palabra, por la mentira. Por si fuera poco, los mensajes escritos, cuyo contenido se resume en provocaciones e insultos, están manchados de faltas de

³ Confederación Española de Derechas Autónomas, una coalición de partidos conservadores españoles durante la Segunda República española (1931-1939).

ortografía y de sintaxis. Tanto el contenido como la forma de los mensajes escritos definen la psicología de estos personajes, ya que, «La capacidad de perduración latente en el lenguaje escrito está en relación directa con la intensidad de vida psíquica que el hombre ponga en lo que escribe» (Malmberg, 1974: 25)

Tratados de «¡Fascistas, maricones!» (Delibes, 1990: 56), los demás dan la réplica, insultando: «¡A tomar por el culo, machos!» (Delibes, 1990: 57). Esta violencia, verbal o escrita, a la que recurren los personajes, parece formar parte de las reglas del juego, porque, la política es una guerra cuyas armas convencionales son las palabras. Forma parte de la estrategia de las formaciones políticas infiltrar las manifestaciones de sus adversarios para aguarles la fiesta. De hecho, ni los insultos, ni los abucheos del público, ni las amenazas molestan a los actores. Tampoco les conmueven los aplausos y aclamaciones. Lo esencial es vehicular el mensaje; que el público se convenza o no, es secundario. Gloria no repara en la batalla campal entre mujeres del mismo pueblo, tras su discurso en el local. Tampoco interviene para resolver el conflicto. Prefiere ordenar al chofer que ponga el motor en marcha para ir a otros pueblos donde les espera el mismo escenario: «Recorrieron otros pueblos y Gloria decía en todos: “Dios, Patria, Familia, Orden y Trabajo. Esto es lo que os ofrece la CEDA”. Y unos aplaudían y otros la insultaban y Gloria no se alteraba ni con las ovaciones ni con los improperios» (Delibes, 2002: 242).

Entonces, la desacralización del valor lingüístico en la sociedad urbana, tan politizada, no se puede achacar a individualidades. En efecto, las necesidades lucrativas o el afán de lucro, la codicia y la competencia malsana se vuelven realidades permanentes en ciertas sociedades urbanas, donde al individuo no se le considera por lo que sabe, sino por lo que tiene. La consecuencia directa de esos fenómenos parece ser la hipocresía y la demagogia, total la mentira que mancilla cotidianamente las relaciones humanas. De ahí, la pertinencia de esta observación amarga y picante de Anne Le Boul y Jacques Moeschler: «Or, toute théorie de l’usage du langage, toute théorie pragmatique, devrait permettre de décrire ce que nous faisons quotidiennement avec le langage, et le mensonge est pour le moins un acte regrettablement quotidien»⁴ (1998: 38).

⁴ «Sin embargo, toda teoría del uso del lenguaje, toda teoría pragmática, debería permitir describir lo que hacemos diariamente con el lenguaje, y la mentira es, por lo menos, un hecho lamentablemente cotidiano».

CONCLUSIONES

En definitiva, el análisis del lenguaje permite resaltar grandes choques discursivos. En realidad, las diferencias lingüísticas, tan notables a lo largo de *El disputado voto del señor Cayo* de Miguel Delibes, casi imposibilitan la comunicación o el entendimiento entre personajes del pueblo y los de la ciudad. Dichos protagonistas, por no tener la misma concepción del mundo, por no interpretar la realidad desde ángulos similares, no movilizan los mismos recursos lingüísticos para expresarse. De esta forma, el solitario señor Cayo, aliviado al principio por la visita de los jóvenes, está desconsolado por el abismo que separa dos civilizaciones, dos culturas, dos Españas (la rural y la urbana/ la conservadora y la moderna). Así, concluye, murmurando: «Me parece a mí que no vamos a entendernos» (Delibes, 1990: 109).

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalá Arévalo, purificación (1991), *Sobre recursos estilísticos en la narrativa de Miguel Delibes*, Extremadura, Caja Salamanca.
- Bourneuf, Roland. (1970). “L’organisation de l’espace dans le roman”, *Études littéraires*, 3(1), pp. 77-94.
- Charaudeau, Patrick (2001), “Langue, discours et identité culturelle”, *Revue de didactologie des langues-cultures*, 123, pp. 341-348.
- Delibes, Miguel (1990), *El disputado voto del señor Cayo*, Barcelona, Destino.
- (2002), *Mi idolatrado hijo Sisí*, Barcelona, Destino.
- Dessales, Jean-Louis (2010), *Aux origines du langage: une histoire naturelle de la parole*, París, Hermès Science.
- Garrido Domínguez, Antonio (1996), *El texto narrativo*, Madrid, Editorial Síntesis.

Gullón, Agnes (1981), *La novela experimental de Miguel Delibes*, Madrid, Taurus.

Malmberg, Bertil (1974), *Antología, textos de lengua y literatura*, México, U.N.A.

Medina-Bocos, Amparo (1989), *Guías de lectura Cinco horas con Mario*, Madrid, Alhambra.

Moeschler, Jacques y Leboul, Anne (1998), *La pragmatique d'aujourd'hui: une nouvelle science de la communication*, París, Editions du seuil.

Postman, Sheril Lynn (2004), “El dominio del orbe de Caín en la contemporaneidad de *El disputado del señor Cayo* de Miguel Delibes”, *Castilla. Estudios de literatura*, 28-29, pp. 219-240.